

CIUDAD, PATRIMONIO Y GESTIÓN

Mireia Viladevall i Guasch (coord.)

PUEBLA, BUAP/SECRETARÍA DE CULTURA, 2001, 363 P.

Dení Ramírez Losada

Alejado de todo convencionalismo del quehacer conservacionista administrativo del patrimonio urbano, sale a la luz este libro coordinado por la antropóloga gestora Mireia Viladevall. El propósito es doble. Por un lado, reflexionar, desde ópticas y experiencias distintas, sobre el tema que da título al libro: *Ciudad, patrimonio y gestión*. Por otro, profundizar no sólo en la comprensión de “nuestra urbe” (cualquiera que sea) y sus valores, sino de hacernos entender, aunque ello implique riesgos, que los habitantes de la ciudad también somos “hacedores, herederos beneficiarios y responsables de un patrimonio sin el cual nos es imposible pensarnos”. Se trata, en definitiva, de pensar la ciudad como una totalidad más allá de sus simples aspectos estéticos o su enorme carga como documento histórico. Una ciudad cuyo verdadero valor, además de residir en la posibilidad de mejorar la calidad de vida de sus habitantes, consiste en la gestión y cogestión, es decir, en la relación de la urbe con las ciudades y montañas vecinas en función de los intereses y responsabilidades de sus habitantes. Pensar la ciudad en clave de patrimonio y gestión implica, también, escuchar aquellas voces discordantes con la recuperación monumental que reclaman su participación y, desde luego, compromiso con “nuestro verdadero patrimonio vital: la ciudad”.

El libro reúne 16 artículos agrupados en tres partes. La primera, intitulada “Nuevas aportaciones y reflexiones sobre viejos temas”, revisa lo que se ha entendido por conservación y patrimonio, así como las distintas formas en que se ha gestionado y sus repercusiones. Las reflexiones de

Montserrat Galí (“Gestión y conservación del patrimonio urbano desde la perspectiva de la historia del arte”), Alfonso Álvarez Mora (“Reforma urbanística o recreación monumental. Un dilema abierto para el centro histórico de Puebla”), Ramón Bonfil (“Patrimonio cultural edificado. El desarrollo de los planes de manejo”) y Nelly Robles García (“Usos comunitarios del patrimonio arqueológico”), integran esta primera sección.

La segunda parte, “El espacio público como patrimonio”, recupera dicho espacio, por demás olvidado en nuestro país, como parte integrante del patrimonio cuyas potencialidades develan su importancia tanto en clave patrimonial como en calidad de vida. Aquí se reúnen los artículos de María Castrillo y M. Domingo Vaquero (“Patrimonio y accesibilidad: el problema de los espacios públicos, su diseño y gestión”), Manuel Delgado (“La cultura de las calles. El espacio público como patrimonio sociocultural”), Lluís Calvo y Xavier Medina (“Nuevas formas de dinamización social y de colaboración en la gestión patrimonial de la ciudad. El patrimonio festivo tradicional en Barcelona”), Mireia Viladevall (“Hacia la ciudad de los habitantes. La fiesta como herramienta de cogestión patrimonial del tiempo y el espacio”) y Nancy Churcill (“Hacer cultura, hacer lugar. La lucha por el espacio social en el barrio de Analco”).

La tercera, y última sección, llamada “La complejidad de la construcción de lo urbano. El caso de Puebla, México”, analiza aspectos que en la lógica tradicionalista que define qué es patrimonio serían considerados, quizá, antitéticos, a saber: espacio y violencia, espacio/higiene/orden y reglamentación. Complementan esta sección diferentes experiencias de administración/gestión de nuestra urbe y su patrimonio edificado. Sin duda es la sección más larga y por ello quedó dividida en tres temas. El primero, “El patrimonio edificado”, contiene los trabajos de Gonzalo Yanes (“Políticas de conservación en ciudades coloniales norteamericanas”), Guadalupe Milián (“Nuevas formas de gestión de los centros históricos. El caso de Puebla, México”) y Carlos Flores Marini (“Patrimonio y gestión. Cuauhtinchan y la sociedad civil”).

El segundo tema, “Ciudad y naturaleza”, presenta las disertaciones de Juan Luis de las Rivas (“El espacio urbano en la Puebla de Zaragoza. Su origen polinuclear y su cuadrícula como rutina”) y de Francisco Valverde

[“El patrimonio olvidado de Puebla: lo natural y lo edificado (aproximación a nuevas formas de entendimiento y gestión de las áreas verdes y de la imagen urbana)”]. Los dos trabajos restantes forman parte del tercer tema “Retratos históricos del uso y construcción del espacio”. Así, Celia Salazar “Violencia y espacio urbano. La ciudad de Puebla de los Ángeles, época colonial” y Rosalina Estrada “Espacios cuidados, segregados y prohibidos en la ciudad de Puebla en las tres primeras décadas del siglo XX” cierran la publicación.

En su conjunto, el libro muestra la dificultad que conlleva el estudio de la ciudad y el patrimonio. De ahí la necesidad de analizar ambos desde una mirada pluridisciplinaria para entender no sólo la riqueza que encierran, sino los conflictos, tensiones y contradicciones de intereses, necesidades, tiempos y puntos de vista que surcan sus destinos. Así, historiadores del arte, antropólogos, sociólogos, gestores del patrimonio cultural, arqueólogos, especialistas en la historia de Puebla, arquitectos y urbanistas unen sus esfuerzos y reflexiones para mostrar la indisoluble complejidad de tres aspectos: el patrimonio, lo urbano y su gestión.

Como es sabido, la ciudad de Puebla carga sobre sus espaldas el adjetivo de “Patrimonio de la Humanidad” con todas sus desastrosas implicaciones, a saber: hacer de la zona monumental de la ciudad un “espacio elegante”, como diría Álvarez Mora, que compagine “su declaratoria como Patrimonio de la Humanidad con la posibilidad de reconvertirlo en un lugar donde se establezcan, en la medida de lo posible, niveles altos de vida y consumo”. Para evitar esto, Álvarez Mora relaciona la noción de patrimonio “con lo heredado, con lo que históricamente asumimos como trabajo realizado por generaciones pasadas y sobre el que proseguimos nuestra voluntad histórica por transformar la realidad”. Así las cosas, hay que pensar la ciudad de Puebla como Patrimonio Histórico porque es algo que pertenece a todos, una herencia “que es de todos y de nadie en particular”. Esto es, una ciudad que heredamos de las generaciones pasadas y que, a su vez, heredaremos a las generaciones futuras.

Por ello, debemos destacar la primera cualidad de la ciudad: “un espacio de y para la vida pública”, como diría Manuel Delgado, es decir, un espacio abierto al público y de uso colectivo. Por tanto, la ciudad en gene-

ral, y la de Puebla en particular, debe entenderse, también, como un espacio público patrimonial de “accesibilidad democrática”, según la definición de María Castrillo y Domingo Vaquero, donde el acceso “real, libre, adecuado y seguro” esté garantizado a toda la ciudadanía. Entonces, debemos dar un paso más, es decir, hay que pensar la ciudad como Patrimonio Histórico cuyos espacios públicos urbanos también son parte del patrimonio que la sociedad reclama como propio porque, precisamente, le dan singularidad. La ciudad así pensada es un lugar de la identidad colectiva donde, como bien afirma Juan Luis de las Rivas, el “público, la colectividad reconoce en él un ideario común” o, simplemente, se reconoce en él. La ciudad es un “espacio público de identidad y de representación”.

Ahora bien, si es un espacio de identidad entonces hay que verla como lugar, esto es, “como un espacio delimitado y por lo tanto ordenado que se comprende sólo si incluimos en él las variables: espacio físico, tiempo y sociedad (relaciones sociales entre los diferentes actores urbanos)”, al decir de Mireia Viladevall. La ciudad como lugar tiene el reto no sólo de ordenar y administrar su suelo y sus elementos urbano/arquitectónicos, sino que debe gestionar –y he aquí el sentido del libro– su tiempo. Todo a partir de “pactos y acuerdos con los habitantes de la ciudad quienes en definitiva dan sentido y valor a ese tiempo y a ese espacio”. La ciudad debe entenderse en “clave patrimonial”, como diría la misma autora, donde el espacio construido o no es “un elemento indispensablemente asociado a una sociedad, y a un momento histórico específico”. Esta construcción del espacio social que simultáneamente producen “los actos colectivos de producción cultural”, como señala Nancy Churchill para el barrio de Analco en la ciudad de Puebla pero que bien puede ampliarse a la ciudad, tiene su espacio–tiempo particular. Un tiempo–espacio “con valor de uso para los actores sociales que participan en su producción”. Así, el espacio se convierte en lugar y el lugar provee a los habitantes “el sentido de pertenecer, el sentido de comunidad”. “Al hacer cultura, se hace lugar”, dice la autora, y agregaría yo: también se hace ciudad.

Sin duda, estamos ante un libro indispensable para aquellos interesados en gestionar la ciudad y su patrimonio desde aspectos espaciales,

socioculturales y sus potencialidades rebasando, así, el limitado objetivo de las instancias conservacionistas superiores: poner en valor determinados monumentos sin tomar en cuenta lo que se está reclamando desde la ciudad.